



FRANCISCO DE LA MAZA

1913-1972

El 7 de febrero ppdo. falleció en esta ciudad el doctor Francisco de la Maza. Fue originario de la ciudad de San Luis Potosí, donde nació el 7 de mayo de 1913.

La vida del doctor de la Maza estuvo vinculada a la Universidad Nacional Autónoma de México, por espacio de prolongados años, los más vitales y significativos de su existencia profesional. Su formación académica la debió a esta Casa de Estudios, donde más tarde fue destacado catedrático de Historia del Arte Colonial, en la Facultad de Filosofía y Letras, y brillante investigador del arte virreinal en el Instituto de Investigaciones Estéticas. De su doble y sabia labor como catedrático e investigador, quedan como testimonios vivos, los discípulos que formó y una obra bibliográfica rica en calidad y extensión.

El Colegio de Investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas, acordó dedicar el presente número de los *Anales* a la memoria y homenaje del doctor Francisco de la Maza. Los trabajos contenidos en este número dan razón amplia y esmerada sobre su existencia y obra.

Hombre singular en diversos aspectos fue el doctor de la Maza; como presentía el ocaso de sus días dispuso esta fotografía, con su puño y letra escribió: "... para la noticia funeral de *Anales* ahora que me muera". La fotografía le fue tomada en mayo de 1963.

FRANCISCO DE LA MAZA, DEFENSOR DEL ARTE

Por Clementina Díaz y de Ovando

Fue Francisco de la Maza de mediana estatura, complexión delgada, de color blanco como corresponde al “criollo purísimo” que a veces afirmaba ser; de ojos vivaces y, según escribió el malicioso José Rojas Garcidueñas, de nariz “casi hebraica”.

Atributos suyos fueron la inteligencia, el gracioso decir, el ingenio, la palabra aguerrida, la sonora y bien timbrada voz, la pluma ágil y buida, la liberalidad para enseñar y aconsejar, su risa franca y jovial.

A las veces sus juicios eran tajantes o apresurados, pero si se le demostraba que carecía de razón no vacilaba en rectificarse, en aceptar su equívoco; “Reconocer errores —aseguró en un artículo— y tener humildad de corazón es una virtud”.

Cómo no recordar aquí aquellas charlas, aquellas amigables discusiones cuando el Instituto de Investigaciones Estéticas estaba primeramente en el tercer piso de la Escuela de Leyes, en la calle de San Ildefonso y, después en el segundo piso de la hoy desaparecida casa porfiriana de Argentina 17, cuya destrucción tanto irritó a Francisco de la Maza. Discusiones en las que participaban Justino Fernández, José Rojas Garcidueñas, Salvador Toscano —muerto en 1949— y Francisco de la Maza. En ellas se desenvolvían muchos y diversos temas pero, principalmente, el tema que más interesaba: el arte, en especial el arte de México, que estudiaban, que daban a conocer que difundían y cuya meta era adentrar y fortalecer en la conciencia nacional no sólo la categoría universal de nuestro arte sino también el que ese arte constituía lo más valioso del patrimonio de México.

Francisco de la Maza expresó estas ideas con claridad y precisión cuando defendía de la destrucción la hermosa Casa del Deán en Puebla:

Ya no se trata de salvar nuestro arte prehispánico colonial y moderno para “atracción turística” sino, además hay que salvar nuestro arte para nosotros mismos, para nuestro decoro, para salvarnos ante la Historia y el futuro... No hay que olvidar nunca que México *no puede ofrecer ante el mundo, como algo universalmente valioso, sino su arte, su arte indígena, su arte colonial, su pintura moderna*... Ahora bien, en la historia del arte universal México sí tiene un lugar tan alto como cualquier gran país y muy superior a otros cien países... cuando un Paul Valéry, un Aldous Huxley, un Paul Westheim, un Northrop, etcétera, elogian nuestras artes, cuando en

París, en Londres y en Estocolmo el nombre de México fue exaltado, lo fue por la magnífica Exposición de Arte Mexicano y no por otra cosa ("Salvemos el arte en México". *Excelsior*, 21 de noviembre de 1954).

Estos conceptos constituyeron el meollo de sus libros y artículos, aunque debe aclararse que Francisco de la Maza recogió en esta actitud el alto fin que el Instituto de Investigaciones Estéticas tiene como uno de sus objetivos, y también hay que afirmar que el Instituto ha cumplido con la investigación del arte mexicano y con la difusión de sus valores gracias a la actividad de sus investigadores, cuya obra ha influido en la conciencia nacional.

Volviendo a las polémicas, éstas se continuaban muchas veces en la fonda de Santo Domingo (calle de Belisario Domínguez), cuyo atractivo radicaba en un retablo de barrocos platillos y dulces nacionales y en las aguas frescas de chía, jamaica, piña y tamarindo. Las discusiones, agotados los argumentos o bien atemperada la pasión, se terminaban siempre en el rotundo *d'acord, d'acord* de Francisco de la Maza.

Sin embargo, vez hubo en la que Rojas Garcidueñas, no quedó muy conforme con De la Maza y provocó una discusión al escribir y publicar el delicioso y divertido cuento que tituló *El hallazgo del crítico*,¹ en donde con exceso de donaire y su sí es no es de ironía, retó a Francisco de la Maza, pues no era otro el afamado crítico que, como representante del "Instituto de Investigaciones Estéticas, de la Academia regional de la Historia, de la Academia Provincial del Lenguaje, de la Sociedad de Jóvenes Geniales", ante los delegados al XIII Congreso del Arte reunidos en el Teatro Tres Guerras de la ciudad de Celaya, anunciaba un nuevo y revolucionario estilo: "¡El estilo Luis XVII!"

Francisco de la Maza muy pronto pagó a Rojas Garcidueñas, el "Bachiller", como cariñosamente le llamamos, en la misma moneda. El mes de junio de 1948 publicó el encantador cuentecillo: *El estilo Luis XVII*,² alarde gracia, de conocimiento sobre el arte universal, de inventiva, y jugando jugando con las teorías en esos años en boga en torno a la transculturación artística describió el estilo Luis XVII. La

¹ José Rojas Garcidueñas, *El hallazgo del crítico*. Edición y viñetas del autor, Tipografía "Minerva", México, 1947.

² Viñeta inicial de Rojas Garcidueñas, ilustraciones de Justino Fernández, salvo la del respaldo del trono que es de Francisco de la Maza. Tipografía "Minerva". México, 12 de junio de 1948.

broma puso de relieve la imaginación, el buen humor y agudeza de los contendientes.

Rojas Garcidueñas guardó silencio por unos años, pero su natural travieso, juguetón, lo llevó en mayo de 1958, a reír del nerviosismo, de la distracción, de la negación por lo mecánico de Paco de la Maza, y cuando éste compró un coche con el objeto de visitar y estudiar, sin el apremio de la hora precisa de salida, los monumentos artísticos, retozando con los temas que embargaban a De la Maza le dedicó este soneto que no resisto consignar:

Dícenme, Paco, que adquiriste un coche,
yo me hago cruces y hasta miro al coco
pensando que ha de ser todo barroco,
con ménsulas, cornisas y un derroche

de estípites dorados en el “cloche”,
rocaille en los cilindros y hasta un poco
de Tonantzintla, policromo y loco
y yeserías de Puebla a troche y moche.

¿Tal vez en *art-nouveau* ofrece partes,
en estilo Requena o Bellas Artes
o estilo dinosaurio a la Gaudí?

Así lo creo, mas si no es así
fácilmente podrás abarrocarlo
“a punta” de abolladas, al chocarlo.

Paco de la Maza no abarrocó el coche, pero sí, en su distracción no se preocupó por ponerle aceite y el vehículo muy pronto quedó inservible y arrumbado.

El cambio a la Ciudad Universitaria, verdadera diáspora y, más tarde, la enfermedad de De la Maza, fueron la causa de que se terminaran esas reuniones en las que la polémica resultó siempre fecunda; en las que prevalecieron la alegría, la amistad, el talento, y que se convirtieran en diálogo en casa de Paco, diálogo al que aludiría Rojas Garcidueñas en la oración fúnebre que pronunció a nombre de los investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas, el 8 de febrero de 1972 en el Panteón Jardín, antes de que se le diera tierra al amigo, al querido compañero Francisco de la Maza:

Tantas veces hablamos larga, incansablemente; fueron tantos y diversos temas, burlones a veces, aparentemente fútiles, a veces tan hondos y graves, que frente a ti no sé cómo hablar si no vamos a continuar esos diálogos, iniciados hace tantos años que no puedo precisar cuándo comenzó nuestra amistad.

Si en esas discusiones, en esos diálogos Francisco de la Maza con un amistoso *d'acord, d'acord*, ponía el punto final, no había *d'acord, d'acord* posible cuando se trataba de una agresión por mínima que fuera a la obra artística de México, por siempre estuvo empeñado en la defensa del patrimonio artístico-cultural de México y vino a ser el campeón más decidido, más esforzado que ha tenido ahora la obra de arte mexicana. Esta tarea de Francisco de la Maza ha sido ampliamente valorada por Justino Fernández, Antonio Castro Leal y cuantos han escrito últimamente sobre su obra. Jorge Alberto Manrique, ante la tumba de su maestro Francisco de la Maza, resumió en apretadas y cabales líneas, la perseverancia, el denuedo, la valentía, la exaltada pasión con que el maestro luchó por resguardar nuestro patrimonio artístico y le otorgó el bien ganado título de *el Batallador*.

Nunca se destacará demasiado su inmensa obra como defensor del arte y de la cultura: mexicana, primero, puesto que ésta era su circunstancia; universal después, puesto que era hombre de este mundo. *Francisco el Batallador*. Con terquedad y empecinamiento heroico rompió lanzas, se partió el alma —se partió quizá la vida física incluso— para salvar un valor histórico, rescatar una pieza de arte, poner los puntos sobre las íes en tanta y tanta aberración a su alrededor. Muchas veces perdió frente a la inepticia, la ceguera, la prepotencia. Más veces ganó, gracias a su entusiasmo en la tarea, su tenacidad, la solidez de sus conocimientos y el respeto que sus opiniones no podían no despertar. Baste decir que la conservación de la fisonomía y la integridad de nuestras ciudades y monumentos, cuando ha sido posible, en no poca parte se debe a su acción y a su influjo.

Francisco de la Maza consideró la difusión y conocimiento del arte como una manera de defender la obra artística, y dio a conocer conventos, capillas abiertas, retablos, pinturas, etcétera, etcétera, la historia y los monumentos de muchas ciudades mexicanas, sus transformaciones hasta llegar a nuestra época de abandono y destrucción que le hacen decir después de un viaje a Guanajuato: "¡Dios siga guardando tu humilde, pero auténtica belleza propia, vieja y barroca, ciudad de Guanajuato!" (*Novedades*, México en la Cultura, 15 de mayo de 1953).

La perseverante y heroica defensa de nuestro patrimonio artístico la realizó Francisco de la Maza en la cátedra, en las conferencias, en las entrevistas, en las excursiones, en la charla, dentro del mismo Instituto Nacional de Antropología e Historia, como representante de la Universidad Nacional Autónoma de México ante la Comisión de Monumentos Coloniales, en cartas, folletos, opúsculos; pero principalmente a través de la prensa periódica.

Hombre sin ligas, sin compromisos políticos, conquistó a pulso la libertad que le permitió cantar a todo destructor de nuestro arte, la verdad sin miramientos ni tapujos. Sus protestas se caracterizaron por el profundo, admirable conocimiento del arte colonial, del arte de México, patrimonio nacional que a toda costa quería preservar y, asimismo, por su sinceridad, por su energía y por el picor de agresivos, impetuosos y recurrentes adjetivos que dieron fuerza y peculiaridad al estilo de sus alegatos.

De la Maza colaboró en los principales periódicos de la ciudad de México, así como en los de los Estados de la República, alguna que otra vez, por divertirse, hizo uso de seudónimos: *Efe de la Eme*, o *José de la Cuadra*, pero sus vigorosas exposiciones aparecieron regularmente firmadas con su nombre.

En el artículo "Elogio y censura en México" publicado en el suplemento cultural del periódico *Novedades*, el 17 de agosto de 1958, Francisco de la Maza fijó su posición como campeón de nuestro patrimonio artístico y cultural, aquí reprobó la actitud tímida del mexicano para opinar sobre la obra literaria, la obra de arte, la tendencia a acallar los errores del gobierno o del clero, cuando destruían por incuria o mala fe el pasado monumental. La crítica —afirmó— debía ser valerosa, comprometida, sin salirse por peteneras, cayere quien cayere, había que decir adiós al silencio y a la timidez: la única actitud digna de un intelectual era expresarse con la verdad íntegra y sin ataduras de ninguna especie.

De la Maza nunca traicionó la actitud que preconizó en este artículo.

Desde las columnas de la prensa sacudió la opinión pública, la interésó, llamó la atención de las autoridades civiles y eclesiásticas sobre la apatía, el descuido, la destrucción del patrimonio artístico, que gobierno e iglesia tenían la obligación de respetar, de proteger, y propuso planes para salvaguardar los monumentos (*Excelsior*, 20 de febrero de 1969). Urgió a las autoridades a que cumplieran las leyes que estaban vigentes:

Primero es la ciudad y luego los habitantes; primero es la sociedad que el individuo, y la belleza de una ciudad debe conservarse más allá del egoísmo de los particulares.

Oaxaca, una de las ciudades más bellas de México, la ciudad de la cantera verde o dorada, ahora sólo la puede lucir a trechos pues los letreros y los anuncios la han ocultado en gran parte.

... Ahora bien, por fortuna, el remedio es sencillo, barato y fácil. Basta cumplir con la magnífica "Ley sobre Protección de Monumentos Artísticos e Históricos de Oaxaca" de 15 de enero de 1942, en donde se ordena: "Se consideran monumentos los inmuebles de arquitectura colonial que se encuentren en el Estado de Oaxaca y aquellos cuya protección y conservación sean de interés público por su valor artístico o histórico, ya sea que pertenezcan a particulares o al Estado... los propietarios de dichos inmuebles **ESTÁN OBLIGADOS A CONSERVAR DEBIDAMENTE Y A HACER EN ELLOS LAS OBRAS NECESARIAS PARA MANTENERLOS EN BUEN ESTADO...** Se crea un Comité Central de Protección de Monumentos Coloniales, Artísticos e Históricos el cual podrá suspender cualquier obra que se efectúe en un monumento sin autorización... y tomará las medidas necesarias que los inmuebles declarados monumentos **CONSERVEN SU VALOR COLONIAL ARTISTICO E HISTÓRICO...**"

Con esta ley tan clara y bien pensada tiene su salvación Oaxaca, es decir, con su decidida aplicación (Carta abierta al Gobernador de Oaxaca. *Oaxaca Gráfico*. 27 de febrero de 1954).

De la Maza clamó también por una ley federal de protección para la obra histórica y artística: "Mientras no se haga una Ley Federal protectora del arte en México. Todo es inútil. ("La destrucción del arte en México." *Novedades*, 25 de agosto de 1957.) "¿Cuándo se hará federal la ley de conservación y protección de los monumentos de arte en México, que son los que le dan valor ante el mundo?" (*Novedades*, 27 de octubre de 1968.)

La ley debía impedir —se desgañitó por decirlo así durante años— que la destrucción de la obra artística, en forma irreverente y torpe, menoscabara el ser histórico de México.

En la prensa, Francisco de la Maza denunció robos, falsas reconstrucciones, apoyado en documentos, en la Carta Institucional de Conservación y Restauración de Venecia; polemizó infatigablemente ya fuera por la ampliación absurda de una calle o por la alteración de una fachada, de una plaza. Fue el adalid de las ciudades profanadas, escarnecidas con los anuncios, sobre todo si eran en inglés. ¡Cómo odiaba los anglicismos que enturbiaban el lenguaje! ¡Cómo fustigó a los que

no cuidaban de su pureza, pues el respeto y conocimiento de nuestra hermosa lengua fue otra de sus preocupaciones.

Con motivo de la “Campaña Nacional de Defensa del Patrimonio Cultural Mexicano” auspiciada por el doctor Eusebio Dávalos, director en esa época del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en el apartado “El ojo de la aguja” del periódico *Novedades*, el 20 de enero de 1963, De la Maza se dirigió tanto al doctor Jaime Torres Bodet, Ministro de Educación Pública, como al doctor Dávalos, insistiendo que una de las mejores maneras de resguardar el patrimonio artístico, era llevar a los alumnos a los museos, a los lugares de cultura, de arte, de historia; cuando se haya cumplido con esto aseveró “será otra la juventud mexicana. ‘¡No quiero libro para mi *Emilio* —decía Rousseau hace doscientos años— si tengo ante mí el libro de la naturaleza!’ ¡Nosotros tenemos el libro abierto que se llama México y lo cerramos a los estudiantes!”

Francisco de la Maza para 1963 hacía ya muchos años que había abierto a sus discípulos el gran libro que se llama México, los llevó, hasta que su enfermedad se lo impidió, a los museos, a conocer, en la ciudad de México, en las ciudades de provincia, por toda la República, los monumentos artísticos, principalmente, los de su especialidad: el arte colonial.

Cuántas molestias se tomaba: contrataba los autobuses, los choferes, recogía las cuotas —siempre salía perdiendo— iba y venía hasta dejar todo preparado para esas excursiones culturales, estímulo y regocijo de alumnos y acompañantes.

Las eruditas explicaciones en las que hacía despliegue de su saber, de entusiasmo, se matizaban con graciosos y oportunos comentarios, y la obra de arte a través de los conocimientos de De la Maza descubría sus perfiles históricos y estéticos, perfiles que se proponía destacar no sólo para el deleitoso disfrute de la belleza, sino también, para incitar a sus alumnos a comprender, a admirar la obra artística y más adelante a defenderla.

Al regreso de esas excursiones culturales se comentaba la visita, crecía la devoción por el arte colonial y los alumnos agradecidos por las enseñanzas del maestro entonaban su canción favorita: “Paloma blanca, blanca paloma”, del compositor Miguel Lerdo de Tejada.

De otras excursiones con un grupo reducido de discípulos amigos, queda el testimonio de Elisa Vargas Lugo en “Evocación de Francisco

de la Maza, maestro y amigo" (*Novedades*. México en la Cultura, 14 de mayo de 1972).

Cuánto interés y pasión por el arte colonial, despertaron las excursiones culturales que durante años guió Francisco de la Maza, muchas y auténticas vocaciones artísticas se fortalecieron frente a un convento, una fachada, un retablo, una pintura, una escultura.

Discípulo de Manuel Toussaint fue su continuador en el estudio del arte y de la vida coloniales y, también como Toussaint, se impuso la tarea de defender el arte de México.

Recién nombrado investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas, inició en la prensa su labor defensora del pasado artístico de México. En noviembre de 1942, protesta por la disparatada nomenclatura de la ciudad de México y a partir de entonces fue el más severo censor, el más brioso, incansable peleador contra los agravios sin fundamento a la tradición, a la fisonomía de las ciudades, al arte de México:

¡Las ciudades como los seres humanos, tienen sus derechos y sus obligaciones, y uno de sus derechos esenciales es que sea conservado su carácter ante cualquier agresión que lo perturbe. La libertad absoluta, el *insabutendi* en materia individual es un peligro eterno que hay que combatir (*Excelsior*, 19 de octubre de 1953).

Una ciudad es el conjunto de calles, plazas y edificios. Su trazo indica su origen y su función y sus casas y sus templos su desarrollo. Por eso casi nunca debe modificarse su urbanística ni destruir sus antiguas construcciones, salvo lo fatalmente necesario (*El Sol de Puebla*, 3 de junio de 1967).

El 16 de diciembre de 1942, escribió un artículo en torno a la Catedral Metropolitana de México, desde esta fecha empieza su desvelo por uno de los monumentos más importantes que posee la ciudad de México y el arte de nuestro país.

Grande fue su enojo, su desesperación, por los vitrales ambarinos irregulares que se colocaron en todas las naves rompiendo la armonía de la Catedral; abogó porque desaparecieran:

En la Catedral sabemos, según se ha dicho, cómo eran sus ventanales, es decir emplomados con rectas y curvas —círculos y rombos— de dibujos estrictamente geométricos y vidrios claros. El siglo XIX los quitó y puso retícula sencilla, más luminosa, que cumplió con decoro su cometido... volver a lo genuino costare lo que costare: la retícula simétrica, con los tamaños de los vidrios bien estudiados, y estos vidrios transparentes para que cumplan su oficio... y, por último, no olvidar algo esencial: lo que se hace en la ciudad de México es ejemplo permanente en la provincia,

que se escuda y define con el modelo de la capital ("Ventanas a Go Go en la Catedral de México. Ejemplo peligroso". *Novedades*. México en la Cultura, 11 de septiembre de 1966).

Una de sus más contumaces contiendas en favor del arte fue la que sostuvo por la Catedral de México desde mediados de enero de 1967 hasta su muerte. El 17 de enero de 1967 parte de la Sillería del Coro y el Altar del Perdón se incendiaron por un descuido en las instalaciones eléctricas. Este incendio propició que la Mitra viera la oportunidad de transformar el interior de la Catedral, dejando libre la nave central lo que permitiría la vista desde la entrada hasta el altar principal. Pronto se supo que la Mitra había encargado a varios arquitectos el proyecto de modificación y, al conocerse el propósito de la Mitra, se desataron las protestas de críticos de arte, historiadores y arquitectos; entre las impugnaciones más airadas al proyecto se encuentran las de Francisco de la Maza.

Los intelectuales publicaron artículos, realizaron mesas redondas en las que participaron los más distinguidos conocedores del arte, de la arquitectura, de la historia, en las que los tradicionalistas que querían la restauración se enfrentaron a los que pretendían la modernización. Para los tradicionalistas el proyecto de la Mitra era un atropello, un crimen contra la cultura.

Estas discusiones han sido reunidas por Agustín Piña Dreinhofer en *Restauración de la Catedral de México*. Memoria de la polémica en el tercer aniversario del incendio. Enero 18 de 1970.

De la Maza, en la prensa, pidió en todos los tonos, blandiendo sólidos argumentos históricos y estéticos, la restauración de la sillería y del Altar del Perdón. En abril de 1971 se conoció por los periódicos la destrucción del gran facistol y la desaparición de las cuatro columnas del Altar del Perdón; sin pérdida de tiempo escribió una carta abierta al presidente de la República Luis Echeverría, denunciando esas pérdidas, haciendo hincapié en su valor y suplicando al primer magistrado salvara lo que aún queda del Altar del Perdón:

Estos estípites no son palos viejos cualesquiera ni son como otros cientos de estípites que se labraron en México a partir de 1718, y dieron origen al estilo barroco llamado churrigueresco, que floreció en todo el país y le dio un rango especial en el mundo. En la historia del arte universal, México sólo puede alegar tres conjuntos de obras de carácter diferencial y plenamente mexicano: el arte indígena prehispánico, el churrigueresco del siglo XVIII y la pintura contemporánea. Por supuesto que está el arte popular

que, por fortuna se defiende solo y no está expuesto al robo, la destrucción y la venta ilegal... La reparación íntegra de los daños del incendio de 1967 es un deber nacional. Si las autoridades eclesiásticas no han sabido ni querido hacerlo, sí, al contrario han contribuido a su destrucción, que sea el Estado, para gloria suya, quien dignifique la Catedral más importante de América. La nación mexicana agradecerá a usted, señor Presidente, un acto que será una reivindicación del decoro del patrimonio artístico ofendido por quienes debieran cuidar respetuosamente la Catedral como una de las joyas de arte más importantes de México.

La carta abierta fue publicada en la sección "Olimpo de México" del periódico *Excelsior*, el 20 de abril de 1971.

Una de las sociedades que más contendió en favor de la restauración de la sillería del coro y del retablo del Altar del Perdón, fue la Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México, de la que Francisco de la Maza fuera fundador y primer presidente.

Allá por 1950, cuenta Felipe García Beraza, se encontraba De la Maza en la ciudad de San Antonio Texas, dictando unas conferencias dentro de los Cursos de Invierno auspiciados por la Universidad Nacional Autónoma de México. La noche del cinco de febrero en la casa de un distinguido matrimonio norteamericano, para festejar la promulgación de las constituciones mexicanas de 1857 y 1917, "surgió la idea de una sociedad privada que defendiera la riqueza artística de México. La idea no la aceptó Francisco de la Maza inmediatamente —temo mucho que por haber nacido en Texas— pero un poco después la aprobó con gusto y, aún más, aceptó presidir la sociedad que hoy lleva el nombre de Defensora del Tesoro Artístico de México".³

El 11 de septiembre de 1955 en el periódico *Novedades* apareció esta nota:

La Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México dirigida por los profesores Francisco de la Maza y Felipe García Beraza, ha sido constituida para vigilar y preservar toda obra de mérito que nos ha legado el pasado o que se halla en el presente. Para este fin invitamos a los lectores a participar como socios dentro de las actividades de la Sociedad, y a enviar datos de obras artísticas poco conocidas o dar la voz de alarma cuando exista la posibilidad de algún acto que atente contra alguna obra digna de conservarse. Dirigirse a la Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México p/c de la Sociedad de Arquitectos Mexicanos, Av. Veracruz 24, México 7, D. F., a esta sección.

³ "Francisco de la Maza en los Estados Unidos". México en la Cultura. *Novedades*, México, 23 de abril de 1972.

Francisco de la Maza no era muy constante para el desempeño de las presidencias y, muy pronto, renunció a la de la recién fundada sociedad pero, desde luego, no a las *obligaciones* que aceptó y cumplió. En el periódico *Novedades* en el apartado "Los tesoros artísticos de México", con su habitual belicosidad luchó por varios monumentos amenazados.

En favor de la "Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México", hay que asentar que encabezada por su actual presidente, Gustavo Velasco, ha librado bastantes batallas para evitar la destrucción de nuestro rico pasado monumental.

Desde 1961 la Sociedad premia con un diploma la labor de restauración de los monumentos artísticos que han hecho a lo largo de un año personas e instituciones de nuestro país.

El 26 de julio de 1968, en el hermoso salón de actos de la Escuela Nacional Preparatoria conocido como "El Generalito", la Sociedad rindió homenaje a Francisco de la Maza. El entonces director del Instituto de Investigaciones Estéticas, Justino Fernández, insistió en la obra de Francisco de la Maza como defensor del patrimonio artístico y, a la vez, como reparador de entuertos; pues "con singular evocación y fidelidad a la riqueza del arte del pasado histórico de México, rescató para las futuras generaciones los coros alto y bajo del Convento de San Jerónimo y la tumba de Sor Juana Inés de la Cruz".

Otras obras artísticas se recobraron gracias a la denuncia oportuna de De la Maza.

No siempre censuró el maestro De la Maza, también supo aplaudir los aciertos y el interés de las autoridades por la obra de arte. En *Excelsior* en Diorama de la Cultura, el 28 de septiembre de 1969, reconoció públicamente que la recuperación del precioso retrato de Sor Ana de San Francisco de Neve, robado de la sacristía de Santa Rosa en Querétaro, se debía al esfuerzo del subsecretario de Bienes-Muebles del Patrimonio Nacional, Jorge L. Medellín y del titular Manuel Franco López. "La Patria y la Historia agradecen como es debido el ejemplo de actividad, interés y eficacia de las altas autoridades de la Secretaría del Patrimonio Nacional." En *El Sol de Puebla*, el 3 de junio de 1967, en carta abierta al gobernador de Puebla, en un artículo titulado: "El Reglamento Municipal de anuncios devuelve a la ciudad de Puebla su belleza y señorío", celebró la atinada disposición del gobernador y del presidente municipal:

...Puebla ha sido la más exagerada en ostentar anuncios, al mismo nivel de Dallas, Kansas City, Oklahoma y mil ciudades norteamericanas... no

son los anuncios en sí lo que está mal, sino su abuso, su tamaño, su mala calidad, y a veces, hasta su mala fe. Ni un centavo menos, señor Gobernador, han dejado de ganar los comerciantes, de la hoy esplendorosa Guanajuato, la siempre y más ahora dignísima Morelia, por haber reducido sus anuncios. Pueden decirlo sus autoridades y su propio comercio.

Puebla ganará más estética y aun económicamente, con volver a ser la antigua hermosa, policromada, única ciudad del azulejo y el alfeñique, con sus casas coloniales, sus mansiones del SIGLO XIX, CON LAS HOJAS DE MADERA MÁS BELLAS DE MÉXICO y sus templos, que no la ciudad disfrazada y aún herida —hay anuncios que parecen verrugas o cicatrices que hasta ahora han sido.

El periódico *El Sol de Puebla* al publicar esta carta abierta reconoció los méritos de su autor como protector del arte:

El Doctor De la Maza del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM es uno de los más distinguidos defensores del patrimonio artístico de México —de Puebla en lo particular— crítico de arte, investigador notable y autor de una infinidad de libros fundamentales sobre arte histórico de México.

Y así de tanto polemizar, de tanto y diariamente bregar, de tanto esforzarse, Francisco de la Maza no tardó en ser considerado el Argos vigilante, el más eficaz defensor del arte colonial, del arte de México, y cuando por su dolencia, ya no pudo ir y venir por las calles y plazas de las ciudades de provincia, de la ciudad de México, por las iglesias y conventos cercanos o lejanos, dando fe de las agresiones que padecía la obra de arte, no por eso dejó de dar la voz de alarma, de denunciarlas.

Su modesta casa (calle de Porfirio Díaz, 65-16) presidida por Sor Juana Inés de la Cruz, se convirtió en un importantísimo centro aglutinante de voluntades y noticias. Alumnos, lectores, amigos, otros afanosos defensores del arte iban a verlo, le escribían, le telefoneaban, le hacían saber de la implacable destrucción, le pedían su opinión que esgrimían como el argumento más valedero.

Francisco de la Maza tomaba el teléfono, se comunicaba con las autoridades encargadas del resguardo, con los directores de los periódicos, escribía cartas, artículos y, en algunas ocasiones, haciendo un gran esfuerzo, salía a cerciorarse de lo que se estaba destruyendo, de lo que se pretendía, para de inmediato delatar por medio de la prensa la injuria a la cultura y al patrimonio artístico y tratar así de evitar la destrucción.

Tengo muy presente la última vez que De la Maza apareció en público y fue para presentar una queja ante el arquitecto Luis Ortiz Macedo,

director, por esas fechas, del Instituto Nacional de Antropología e Historia y hoy, director del Instituto Nacional de Bellas Artes.

El 9 de diciembre de 1971, se clausuró el ciclo de Conferencias del Museo de la Ciudad de México con la conferencia de Ortiz Macedo: "La obra de conservación del patrimonio artístico nacional en la ciudad de México. Información y exhortación."

Ya para dar principio la conferencia llegó Francisco de la Maza, que sólo por excepción salía de su casa, y menos de noche; se le veía enfermo y mucho impresionaba, pues unos enormes lentes negros hacían resaltar su palidez.

Acompañaron en el estrado a Ortiz Macedo, el cronista de la ciudad, Salvador Novo, Jorge F. Rivas Guzmán, director general de Acción Cultural y Social del Departamento Central, el director del Museo, Federico Hernández Serrano y Francisco de la Maza.

El tema de la conferencia, muy bien expuesto, valió a Ortiz Macedo aplausos y felicitaciones. Ortiz Macedo pidió al cronista y demás autoridades que se permitiera abrir una mesa redonda, intercambiar algunas preguntas y respuestas.

De una intervención, pedía su limosna Francisco de la Maza quien, desde luego, la solicitó. Felicitó a Ortiz Macedo, le agradeció la cita que como defensor del arte colonial "ha hecho usted de mi pobre persona" y, a seguidas, "impostando la voz" espetó a Ortiz Macedo unas preguntas que involucraban una queja.⁴ Concretamente se refirió al descuido y a la invasión de tres monumentos artísticos y coloniales de México: Culhuacán, Churubusco y San Ángel, y culpó directamente al Instituto Nacional de Antropología e Historia, dirigido por Ortiz Macedo. El convento de Culhuacán estaba convertido en bodegas de periódicos y libros; el de Churubusco invadido, profanado su ambiente conventual del siglo xvii por las oficinas de Monumentos Coloniales, y el de San Ángel afeado "por una rejería jaulesca y de mal gusto".

Luis Ortiz Macedo con mucho aplomo, inteligencia y jovialidad contestó las preguntas-queja de Francisco de la Maza aclarándole con toda clase de detalles el porqué de lo que De la Maza llamaba invasión, que había sido momentánea y necesaria, y prometiendo al maestro que cuanto antes los tres conventos quedarían en las condiciones que su belleza y tradición exigían. Ortiz Macedo no pudo cumplir su palabra;

⁴ Por ser la última intervención de Francisco de la Maza la incluyo como apéndice. Agradezco al director del Museo de la Ciudad de México, Federico Hernández Serrano la transcripción mecanográfica.

en los primeros días de enero de 1972 fue nombrado director del Instituto Nacional de Bellas Artes.

La copiosa bibliografía de Francisco de la Maza, es la prueba más fehaciente de ese su quehacer por resguardar el tesoro artístico de México, del que hizo una mística y a la que llegó por la vía purgativa del estudio, de la investigación, de la obstinada lucha. Quehacer por el que se le reconoce, de cuantos hasta hoy han sido, como el más noble, bizarro y afanoso protector del arte mexicano.

APÉNDICE

Intervención del doctor Francisco de la Maza en la última conferencia del ciclo 1971 (9 de diciembre), en el Museo de la Ciudad de México.

Felicito a usted por su excelente exposición y le agradezco la cita que como defensor del Arte Colonial en México ha hecho usted de mi pobre persona y voy a ello como tal, como defensor, porque tengo que hacer una queja y unas preguntas, en realidad las preguntas van involucradas en la queja. Resulta que, varios monumentos de suma importancia, han sido invadidos, ¿invadidos por quién?, ¿por ricos particulares, enemigos notabilísimos del arte y de la cultura en general?, ¿por el gobierno?, ignorante muchas veces y destructor positivo otras, ¿por el clero?, siempre destruyendo los interiores de las iglesias que usa y detenta, y a veces hasta los exteriores [vendedor de muebles], [de imágenes], incinerador de puertas valiosísimas para los miércoles de ceniza, e iconoclasta moderno peor. No, no han sido ni los ricos, ni el gobierno, ni el clero los que han invadido algunos monumentos artísticos y coloniales de México, ha sido el Instituto Nacional de Antropología e Historia, que usted dirige. Voy al grano, voy a presentar tres ejemplos muy ilustres, muy importantes, uno del siglo xvi y dos del xvii que se encuentran en este caso. El primero es el precioso convento de Culhuacán, del siglo xvi, ese convento que tiene una rara y única ruina importantísima que es su iglesia, nadie la conoce, una iglesia de insólita planta de tres naves, muy rara en las construcciones religiosas conventuales del siglo xvi y que está en ruinas aproximadamente hace doscientos años, es decir, ya es una ruina auténtica y venerable. Pero el claustro íntegro se restauró a mucho costo hará apenas dos años o un año se instaló el Departamento de Publicaciones del INAH, y que era un ejemplo extraordinario de funcionamiento moderno de oficinas útiles, dentro de un inmueble religioso colonial, ahora es una terrible bodega de periódicos viejos de *Excelsior*, creo que hasta del *Imparcial* y bultos por toneladas de libros. Sé que se está haciendo una auditoría, sé también que se trajeron los libros que ha editado el Instituto, de San Cristóbal Ecatepec para dicha auditoría, pero ¿era necesario que el venerable restaurado delicioso convento de Culhuacán fuera depósito o bodega de esta Auditoría?, ¿era necesario que los periódicos

viejos totalmente ilegibles que se encontraban en la Merced, estén amontonados en la portería pegados a los frescos y destruyéndolos? Eso me lo dirá usted, pero por lo pronto Culhuacán está triste, cerrado, inútil a pesar de la biblioteca, tan útil para el laboratorio fotográfico que también está allí. Es pues una manera de invasión, probablemente momentánea pero no deja de ser totalmente desoladora. Otro ejemplo sería Churubusco, Churubusco siempre ha sido un problema, en muy lejanos tiempos de Toussaint y de Rosell, Churubusco era el basurero de todas las obras de arte de México. Se tiraba una portada, iba a dar a Churubusco, se encontraba una columna vieja, iba para Churubusco, se encontraba una piedra milenaria por ahí, iba a dar a Churubusco, pero se ponía en alguna parte, no se amontonaba, entonces empezó a llenarse lo que era jardín de ruinas ya imposibles de localizar, pero en fin, quedaba el jardín, entonces ahí se le echó el ojo para hacer un Museo nuevo en el jardín; ya era Museo de Churubusco y de cierta importancia, se construyó como ustedes saben, digo, se iba a construir el Museo de los coches, no conozco yo, realmente un acervo de coches importantes en México, para construir un Museo; el único coche verdaderamente importante precioso que existe, es el de Maximiliano, y como dice Antonio Arriaga, Director del Museo de Chapultepec, el noventa por ciento de las gentes que van a Chapultepec, van a ver la carroza de Maximiliano, que por cierto está deshaciéndose totalmente, cayéndose a pedazos, ésa no la iban a llevar, así que no sé qué coches, tampoco el de Juárez por supuesto, así que no sé qué coches iban a llevar a ese Museo de los coches; ahí vi por ejemplo hace años el pullman que se mandó hacer Porfirio Díaz, una delicia de mueble, porque era un mueble verdaderamente, y un tranvía rarísimo también que estaba por ahí, no sé dónde estarán ahora si es que existen. Se pasó la idea del Museo de coches que para eso hay un Museo Mundial extraordinario en Portugal y es el único país que se ha atrevido a hacerlo porque sí tuvo coches —y se pasó, como ustedes saben, a hacer el Centro de Restauración—, es muy curioso, muy mexicano además, de que un Centro de Restauración se coloque destruyendo un jardín al lado de un Museo y un convento del siglo xvii, pero así es, no negaré que está muy bien hecho, que no estorba realmente al Museo-Convento, que funciona admirablemente a pesar de su modernismo de vidrios y manguetería, pero las ambiciones de ampliación han sido graves, tan graves, tan terribles que no se han llevado a efecto; hubo un proyecto por allí para entrar a saco en el propio convento, fue tan espantoso que ustedes mismos lo negaron, cómo sería. A ese convento de Churubusco se le ha despojado de su biblioteca, ¿por qué?: no lo sé creo que aparte de ese criminal proyecto de invasión al Museo-Convento de Churubusco del siglo xvii, por cierto el único convento del siglo xvii que existe íntegro en todo el país, único; la celda prioral, que es un encanto de pieza, con su terracita, su viguería con sus muy buenas zapatas de sostén, fue también abandonada. Había allí un retrato del virrey de Albuquerque que porque era histórico, no estaba nada más para adorno y para dar ambiente, no, ahí durmió el pobre en muy malas condiciones y estuvo preso un virrey de la Nueva España; siempre tiene algún interés histórico; había un cuadrito ahí de los frailes y un Cristo en una mesa, ése sí dando

ambiente, y se recordaba la celda del padre prior pegada a la biblioteca, hoy están vacías.

Segunda invasión, la de los coches no existió, pero después la invasión del Centro de Restauración de Monumentos Coloniales, que debo confesar, esta invasión ha sido de lo más discreto posible, ha tomado unas celdas en las cuales vivía el guardián, pero esto me hace pensar que expulsaron de ahí al guardián y tuvo que refugiarse en otras celdas, entonces pues la invasión sigue; se tomaron unos salones que están por allá abajo, una especie de no sé qué refectorio o una cosa así, con muy buenos azulejos. Salvo este pequeño detalle, puede decirse que Monumentos Coloniales realmente no estorban, pero ya no hay romanticismo ahorita, y se ha defendido el romanticismo, aunque entrando ahí desde el señor Director, los señores arquitectos, los señores dibujantes, las secretarías minifáldicas, le quitan un poco el ambiente conventual al Museo-Convento de Churubusco del siglo xvii. Un inmueble de este tipo, Museo además, es un bien nacional, es para el público, es para todos, entonces creo que no se le puede mermar nada o casi nada, ahí está y es una cosa fácil de arreglar digamos, esta pequeña invasión totalmente antropológica, digo, del Instituto de Antropología, dada en Churubusco.

Paso al tercer ejemplo, que es el más sencillo. El Convento de San Ángel es otro de los monumentos del siglo xvii, principios del siglo xvii, obra de ese gran arquitecto que fue Fray Andrés de San Miguel, el único arquitecto carmelitano, quien hizo el Carmen de Puebla, el de Salvatierra, el primitivo de Celaya, un hombre activísimo que escribió obra y que se ha publicado. Este convento ha sido destruido desde hace muchos años, es la verdad, pero todavía conservaba grandes restos de sus galerías, de celdas, de ciertas habitaciones, y hoy al entrar, hace tres días fui, al subir por la escalinata que comunica a la Sacristía, pasando respetuosamente y sin ver las momias que es lo que atrae; como la carroza de Maximiliano lleva a la gente a Chapultepec, las momias llevan a la gente a San Ángel, qué le vamos a hacer; subiendo la escalerita deliciosa, por cierto toda chueca, entraba uno al corredor libre, ahora está con una gran reja, una jaula siniestra que le impide a uno el paso a la izquierda y que tiene uno que meterse a la derecha, cree uno que no va a dar con lo que era la biblioteca, hoy muy bien instalada por cierto, con pinturas, ya que esa biblioteca fue despojada infamemente a principios de este siglo, de la cual no existe ni un solo libro de una biblioteca de 10,000 volúmenes, ahora queda como un Museo de pintura, eso está bien, pero ¿por qué le borraron el letrero que tenía arriba de la puerta?, ahí decía: "No se prestará ni un solo libro bajo pena de excomunión mayor"; tranquilamente el letrerito ha sido borrado, es una minucia, no es nada, pero le quita el ambiente, le quita historia, era una parte integrante de ese monasterio extraordinario de San Ángel, borrarle el letrerito ¿por qué?, yo obligaría a volverlo a poner, sabemos la redacción de memoria, lástima que la letra no la podamos hacer, ojalá y esté tapada nada más con un poquito de cal, pero no es eso lo malo, sino esa reja que dije, entonces pregunté: quiero ir a la Capilla Doméstica. "Tiene que dar la vuelta a portales y corredores", bueno, di la vuelta a portales y corredores, y llegué a la Capilla Doméstica, he aquí que pegada a la Capilla Doméstica está otra reja que impide el paso ¿a dónde?, a otra

reja, ya son tres; esa otra reja da a una parte de celda ocupada ya desde hace mucho tiempo también, curiosísimamente, para restauración. La restauración por lo visto tiene una gran significación de destrucción; entonces en esa restauración, por cierto de muebles, de sillitas, de artefactos de la Casa Requena, y una lamparita, y un cenicero, y cosas así que están arreglando ahí, y ya eso estaba desde hace mucho tiempo, desde luego, pero ahora últimamente se han acordado de cinco celdas que entonces son las que obligan a que haya esas tres rejas. La impresión de cárcel o de jaula es verdaderamente inevitable y además grosera; llega la gente a visitar un monasterio que debe estar vacío, a un Museo, que debe estar vacío, que se debe visitar con gusto y donde quiera se anda tapando con rejas, así es que ante eso me quedé verdaderamente espantado. Mis preguntas, pues, son éstas, ¿por qué esa invasión de Culhuacán?, ¿por qué esa invasión de Churubusco?, ¿por qué esa rejería jaulesca y de mal gusto del Convento de San Angel?, ésa es mi queja, éstas son mis preguntas y ése es mi sentimiento romántico (aplausos).